PQ6181
R6

Madrid, 1875.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.ª,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

ROMANCES CABALLERESCOS.

VERGILIOS.

Mandó el rey prender Vergilios,
Y á buen recaudo poner
Por una traicion que hizo
En los palacios del Rey.
Porque forzó una doncella
Llamada Doña Isabel,
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél;
Y un domingo estando en misa
Vínole memoria dél.
—Mis caballeros, Vergilios,
¿Qué se habia hecho dél?—
Allí habló un caballero
Que á Vergilios quiere bien:
—Preso lo tiene tu Alteza,
Y en tus cárceles lo tien.
—Via, á comer, mis caballeros,
Caballeros, via, á comer,
Despues que hayamos comido
A Vergilios vamos ver.—
Allí hablára la Reina;

—Yo no comeré sin él.—
A las cárceles se van
Adonde Vergilios es.
—¿Qué haceis vos aquí, Vergilios?
Vergilios, ¿aquí que haceis?
—Señor, peino mis cabellos,
Y las mis barbas tambien:
Aquí me fueron nacidas,
Aquí me han de encanecer;
Que hoy se cumplen siete años
Que me mandaste prender.
—Calles, calles tú, Vergilios,
Que tres faltan para diez.
—Señor, si manda tu Alteza,
Toda mi vida estaré.
—Vergilios, por tu paciencia
Conmigo irás á comer.
—Rotos tengo mis vestidos,
No estoy para parecer.
—Yo te los daré, Vergilios,
Yo dártelos mandaré.—
Plúgole á los caballeros
Y á las doncellas tambien;
Mucho mas plugo á una dueña
Llamada Doña Isabel.
Llaman luego un arzobispo,
Ya la desposan con él.
Tomárala por la mano,
Y llévasela á un verjel.

LA INFANTINA.

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida;

Ibase para Paris,
Do padre y madre tenía,
Errado lleva el camino,
Errada lleva la vía:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á Paris lleva la guía.
La niña desque lo vido
Desta suerte le decia:
—Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida.—
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesía;
Puso la niña en las ancas
Y subiérase en la silla.
En el medio del camino
De amores la requeria.
La niña desque lo oyera
Díjole con osadía:
—Tate, tate, caballero,
No hagais tal villanía:
Hija soy yo de un malato
Y de una malatía;
El hombre que á mí llegase
Malato se tornaria.—
Con temor el caballero
Palabra no respondia,
Y á la entrada de Paris
La niña se sonreia.
—¿De qué os reis, mi señora?
¿De qué os reis, vida mia?
—Ríome del caballero,

Y de su gran cobardía,
¡Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía! —
Con vergüenza el caballero
Estas palabras decía:
—Vuelta, vuelta, mi señora,
Que una cosa se me olvida.—
La niña como discreta
Dijo: — Yo no volveria,
Ni persona, aunque volviese,
En mi cuerpo tocaria:
Hija soy del rey de Francia
Y la reina Constantina:
El hombre que á mí llegase
Muy caro le costaria.

—

EL CONDE ARNALDOS.

¡Quién hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar,
Como hubo el conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.
Las velas traia de seda,
La jarcia de un cendal,
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar
Que la mar ponia en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,

Las aves que andan volando
Las hace al mástil posar:
— Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería,
Del estrecho de Gibraltar,
Y del golfo de Venecia,
Y de los bancos de Flándes,
Y del golfo de Leon,
Donde suelen peligrar. —
Allí habló el conde Arnaldos,
Bien oiréis lo que dirá:
— Por Dios te ruego, el marino,
Digaisme ora ese cantar. —
Respondióle el marinero,
Tal respuesta le fué á dar:
— Yo no digo esta cancion
Sino á quien conmigo va.—

—

DON DUARDOS Y FLÉRIDA.

En el mes era de Abril,
De Mayo ántes un dia,
Cuando los lirios y rosas
Muestran más su alegría,
En la noche mas serena,
Qu'el cielo hacer podria.
Cuando la hermosa Infanta
Flérida ya se partia,
En la huerta de su padre
A los árboles decia:
— Jamas en cuanto viviere

Os veré tan solo un dia,
Ni cantar los ruiseñores
En los ramos melodía.
Quédate adios, agua clara,
Quédate adios, agua fria,
Y quedad con Dios, mis flores,
Mi gloria, que ser solia.
Vóime á las tierras extrañas,
Pues ventura allá me guia.
Si mi padre me buscáre,
Que grande bien me queria,
Digan que el amor me lleva,
Que no fué la culpa mia.
Tal tema tomó conmigo,
Que me forzó su porfía.
Triste no sé dónde voy,
Ni nadie me lo decia.—
Allí habló Don Duardos:
—No lloreis más, mi alegría,
Que en los reinos de Inglaterra
Más claras aguas habia,
Y más hermosos jardines,
Y vuestros, señora mia:
Terneis trescientas doncellas
De alta genealogía;
De plata son los palacios
Para vuestra señoría;
D'esmeraldas y jacintos
Toda la tapecería;
Las cámaras ladrilladas
D'oro fino de Turquía,
Con letreros esmaltados
Que cuentan la vida mia,
Contando vivos dolores
Que me dístedes un dia.

Cuando con Primaleon
Fuertemente combatia,
Señora, vos me matastes,
Que yo á él no lo temia.—
Sus lágrimas consolaba
Flérida, que esto oia,
Y fuéronse á las galeras,
Que Don Duardos habia:
Cincuenta eran por todas,
Todas van en compañía.
Al són de sus dulces remos
La Infanta se adormecia
En brazos de Don Duardos,
Que bien le pertenecia.
Sepan cuantos son nacidos
Aquesta sentencia mia:
«Que contra muerte y amor
Nadie no tiene valía.»

EL SOLDAN DE BABILONIA Y EL CONDE DE NARBONA.

Del Soldan de Babilonia,
De ese os quiero decir,
Que le dé Dios mala vida
Y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
Pasan de sesenta mil,
Para ir á dar combate
A Narbona la gentil.
Allá van á echar ancóras,
Allá al puerto de Sant Gil,
Donde han captivado al Conde,
Al conde Benalmequí.

Deciéndenlo de una torre,
Cabálganlo en un rocin,
La cola le dan por riendas
Por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al Conde
Y otros tantos al rocin;
Al rocin porque anduviese,
Y al Conde por lo rendir.
La Condesa que lo supo
Sáleselo á recebir:
—Pésame de vos, señor
Conde, de veros así,
Daré yo por vos, el Conde,
Las doblas sesenta mil,
Y si no bastaren, Conde,
Á Narbona la gentil.
Si esto no bastáre, el Conde,
Tres hijas que yo parí:
Yo las pariera, buen Conde,
Vos las hubísteis en mí;
Y si no bastáre, Conde,
Señor, védesme aquí á mí.
—Muchas mercedes, Condesa,
Por vuestro tan buen decir:
No dedes por mí, señora,
Tan solo un maravedí,
Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir:
Adios, adios, la Condesa,
Que me mandan ir de aquí.
—Váyades con Dios, el Conde,
Y con gracia de Sant Gil:
Dios os eche en vuestra suerte
A ese Soldan paladin.

EL CONDE DON MARTIN Y DOÑA BEATRIZ.

Bodas hacian en Francia
Allá dentro de París;
¡Cuán bien que guia la danza
Esta Doña Beatriz!
¡Cuán bien que se la miraba
El buen conde Don Martin!
—¿Qué mirais aquí, buen Conde?
Conde, ¿qué mirais aquí?
¿Decid si mirais la danza,
Ó si me mirais á mí?
—Que no miro yo la danza,
Porque muchas danzas ví,
Miro yo vuestra lindeza
Que me hace penar á mí.
—Si bien os parezco, Conde,
Conde, saqueisme de aquí,
Que un marido me dan viejo
Y no puede ir tras mí.

DON BERNALDINO.

Ya piensa Don Bernaldino
Ir su amiga visitar,
Da voces á los sus pajes,
Que vestir le quieran dar.
Dábanle calzas de grana,
Borceguís de cordoban,
Un jubon rico broslado,
Que en la córte no hay su par.
Dábanle una rica gorra,
Que no se podria apreciar,

Con una letra que dice:
« Mi gloria por bien amar.»
La riqueza de su manto
No os la sabria contar;
Sayo de oro de martillo
Que nunca se vió su igual.
Una blanca hacanea
Mandó luégo ataviar,
Con quince mozos de espuelas
Que le van acompañar.
Ocho pajes van con él,
Los otros mandó tornar;
De morado y amarillo
Es su vestir y calzar.
Allegado han á las puertas
Do su amiga solia estar;
Hallan las puertas cerradas,
Empiezan de preguntar:
—¿ Dónde está Doña Leonor,
La que aquí solia morar?
Respondió un maldito viejo,
Que él luégo mandó matar.
—Su padre se la llevó
Lejas tierras á habitar.—
El rasga sus vestiduras
Con enojo y gran pesar,
Y volvióse á los palacios
Donde solia reposar;
Puso una espada á sus pechos
Por sus dias acabar.
Un su amigo que lo supo
Veníalo á consolar,
Y en entrando por la puerta
Vídolo tendido estar.
Empieza á dar tales voces,

Que al cielo quieren llegar.
Vienen todos sus vasallos,
Procuran de lo enterrar
En un rico monumento
Todo hecho de cristal,
En torno del cual se puso
Un letrero singular:
«Aquí está Don Bernaldino
»Que murió por bien amar.»

EL INFANTE VENGADOR.

Hélo, hélo por do viene
El infante vengador,
Caballero á la jineta
En caballo corredor.
Su manto revuelto al brazo,
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.
Con la punta del venablo
Sacaria un arador.
Siete veces fué templado
En la sangre de un dragon,
Y otras tantas fué afilado
Porque cortase mejor:
El hierro fué hecho en Francia,
Y el asta en Aragon:
Perfilándoselo iba
En las alas de su halcon.
Iba á buscar á Don Cuadros,
A Don Cuadros el traidor;
Y allá le fuera á hallar,
Junto del Emperador,

La vara tiene en la mano,
Que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba,
Si le tiraria ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.
Por dar al dicho Don Cuadros
Dado ha al Emperador:
Pasado le ha manto y sayo
Que era de un tornasol.
Por el suelo ladrillado
Más de un palmo le metió.
Allí le habló el Rey,
Bien oiréis lo que habló:
—¿Por qué me tiraste, Infante?
¿Por qué me tiras, traidor?
—Perdóneme tu Alteza,
Que no tiraba á tí, no:
Tiraba al traidor de Cuadros;
Ese falso engañador,
Que de siete hermanos que tenía,
No ha dejado, si á mí no:
Por eso delante tí,
Mi buen Rey, lo riepto yo.—
Todos fian á Don Cuadros,
Y al Infante no fian, no,
Si no fuera una doncella,
Hija es del Emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el Infante,
La cabeza le cortó,
Y tomárala en su lanza,

Y al buen Rey la presentó.
De que aquesto vido el Rey
Con su hija le casó.

LA INFANTA ENCANTADA.

A cazar va el caballero,
A cazar como solia;
Los perros lleva cansados,
El falcon perdido habia,
Arrimárase á un roble,
Alto es á maravilla.
En una rama más alta,
Viera estar una Infantina;
Cabellos de su cabeza
Todo aquel roble cobrian.
—No te espantes, caballero,
Ni tengas tamaña grima,
Hija soy yo del buen Rey
Y la Reina de Castilla:
Siete fadas me fadaron
En brazos de una ama mia,
Que andase los siete años
Solita en esta montiña.
Hoy se cumplian los siete años,
O mañana en aquel dia:
Por Dios ruego, caballero,
Llévesme en tu compañía,
Si quisieses por mujer,
Si no, sea por amiga.
—Espereisme vos, señora,
Hasta mañana, aquel dia,
Iré yo á tomar consejo
De una madre que tenía.—

La niña le respondiera
Y estas palabras decía:
—¡Oh mal haya el caballero
Que sola deja la niña! —
El se va á tomar consejo,
Y ella queda en la montiña.
Aconsejóle su madre
Que la tome por amiga.
Cuando volvió el caballero
No hallára la Infantina:
Vídola que la llevaban
Con muy gran caballería.
El caballero que la vido
En el suelo se caia:
Desque en sí hubo tornado
Estas palabras decia:
—Caballero que tal pierde,
Muy gran pena merescia:
Yo mesmo seré el alcalde,
Yo me seré la justicia:
Que me corten piés y manos
Y me arrastren por la villa.

—

EL ADÚLTERO CASTIGADO.

Blanca sois, señora mia,
Más que no el rayo del sol:
¿Si la dormiré esta noche
Desarmado, sin pavor?
Que siete años habia, siete
Que no me desarmo, no!
Más negras tengo mis carnes
Que no un tiznado carbon.
—Dormidla, señor, dormidla,

Desarmado, sin temor,
Que el Conde es ido á la caza
A los montes de Leon.
—Rabia le mate los perros,
Y águilas el su halcon,
Y del monte hasta la casa
A él arrastre el moron.—
Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó:
—¿Qué haceis, la blanca niña,
Hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos,
Peínolos con gran dolor,
Que me dejais á mí sola
Y á los montes os vais vos.
—Esas palabras, la niña,
No eran sino traicion:
—¿Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?
—Señor, era de mi padre,
Y envíolo para vos.
—¿Cuyas son aquellas armas
Que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano,
Y hoy vos las envió.
—¿Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?
—Tomadla, Conde, tomadla,
Matadme con ella vos,
Que aquesta muerte, buen Conde,
Bien os la merezco yo.

—

LA CONSTANCIA.

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.
Las manidas son escuras,
Los caminos por usar,
El cielo con sus mudanzas
Ha por bien de me dañar
Andando de sierra en sierra
Por orillas de la mar,
Por probar si en mi ventura
Hay lugar donde avadar;
Pero por vos, mi señora,
Todo se ha de comportar.

LA DAMA DEL CONDE ALEMAN.

A tan alta va la luna
Como el sol á mediodía,
Cuando el buen Conde aleman
Con esa dama dormia.
No lo sabe hombre nascido
De cuantos en córte habia,
Si no sólo era la Infanta,
Aquesa Infanta su hija.
Así su madre la hablaba,
Desta manera decia:
—Cuanto viéredes, Infanta,
Cuanto vierdes encobridlo:
Daros ha el Conde aleman
Un buen manto de oro fino.

—¡Mal fuego le queme, madre
Ese manto de oro fino,
Cuando en vida de mi padre
Tuviese padrastro vivo!—
De allí se fuera llorando:
El Rey su padre la ha visto.
—¿Por qué llorais, la Infanta?
Decid, ¿quién llorar os hizo?
—Yo me estaba aquí comiendo,
Comiendo sopas en vino;
Entrára el Conde aleman
Y echólas por el vestido.
—Calleis, mi hija, calleis;
No tomeis de eso pesar.
Que el Conde es niño y mochacho;
Hacerlo ha por burlar.
—¡Mal fuego quemase, padre,
Tal reir y tal burlar!
Cuando me tomó en sus brazos,
Conmigo quiso folgar.
—Si él os tomó en sus brazos,
Y con vos quiso folgar,
En ántes que el sol saliese
Yo le mandaré matar.

DESLICES DE AMOR.

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar aquí,
Que ni puedo andar en pié,
Ni al Emperador servir,
Pues me crece la barriga,
Y se me acorta el vestir:
Vergüenza he de mis doncellas,

Las que me dan el vestir;
Míranse unas á otras,
No hacen sino reir:
Vergüenza he de mis caballeros,
Los que sirven ante mí.
—Lloradlo, dijo, señora,
Que así hizo mi madre á mí;
Hijo soy de un labrador,
Mi madre y yo pan vendí.—
La Infanta desque esto oyera
Comenzóse á maldecir:
—¡Maldita sea la doncella
Que se deja seducir!
—No os maldigais vos, señora,
No os querais vos maldecir,
Que hijo soy del Rey de Francia,
Mi madre es Doña Beatriz.
Cien castillos tengo en Francia,
Señora, para os guarir;
Cien doncellas me los guardan,
Señora, para os servir.

—

EL AMOR FILIAL.

Paseábase el buen Conde
Todo lleno de pesar,
Cuentas negras en sus manos
Do suele siempre rezar,
Palabras tristes diciendo,
Palabras para llorar.
—Véoos, hija, crecida,
Y en edad para casar;
El mayor dolor que siento
Es no teneros que dar.

Calledes, padre, calledes,
No debeis tener pesar,
Que quien buena hija tiene
Rico se debe llamar;
Y el que mala la tenía,
Viva la puede enterrar,
Pues amengua su linaje
Que no debiera amenguar,
Y yo, si no me casáre,
En religion puedo entrar.

—

LA ESPOSA FIEL.

—Caballero de lejas tierras,
Llegaos acá, y pareis,
Hinquedes la lanza en tierra,
Vuestro caballo arrendeis,
Preguntaros he por nuevas
Si mi esposo conoceis.
—Vuestro marido, señora,
Decid, ¿de qué señas es?
—Mi marido es mozo y blanco,
Gentil hombre y bien cortés,
Muy gran jugador de tablas,
Y tambien del ajedrez.
En el pomo de su espada
Armas trae de un marques,
Y un gran ropon de brocado
Y de carmesí al enves:
Cabe el fierro de la lanza
Trae un pendon portugues,
Que ganó en unas justas
A un valiente frances.
—Por esas señas, señora,

Tu marido muerto es:
En Valencia le mataron
En casa de un ginoves:
Sobre el juego de las tablas
Lo matára un milanes.
Muchas damas lo lloraban,
Caballeros con arnes,
Sobre todo lo lloraba
La hija del ginoves;
Todos dicen á una voz
Que su enamorada es:
Si habeis de tomar amores,
Por otro á mí no dejeis.
—No me lo mandeis, señor,
Señor, no me lo mandeis,
Que ántes que yo eso hiciese,
Señor, mònja me veréis.
—No os metais monja, señora,
Pues que hacello no podeis,
Que vuestro marido amado
Delante de vos teneis.

ROMANCE DE GERINELDO.

Levantóse Gerineldo
Que al Rey dejára dormido:
Fuese para la Infanta
Donde estaba en el castillo.
—Abraisme, dijo, señora,
Abraisme, cuerpo garrido.
—¿Quién sois vos, el caballero,
Que llamais á mi postigo?
—Gerineldo soy, señora,
Vuestro tan querido amigo.—

Tomárala por la mano,
En un lecho la ha metido,
Y besando y abrazando
Gerineldo se ha dormido.
Recordado habia el Rey
De un sueño despavorido:
Tres veces lo habia llamado,
Ninguna le ha respondido.
—Gerineldo, Gerineldo,
Mi camarero polido,
Si me andas en traicion,
Trátasme como á enemigo.
O dormias con la Infanta,
O me has vendido el castillo.—
Tomó la espada en la mano,
En gran saña va encendido:
Fuérase para la cama
Donde á Gerinaldo vido.
El quisiéralo matar;
Mas criéle de chiquito.
Sacára luégo la espada,
Entre entrambos la ha metido,
Porque desque recordase
Viese cómo era sentido.
Recordado habia la Infanta,
E la espada ha conocido.
—Recordados, Gerineldo,
Que ya érades sentido,
Que la espada de mi padre
Yo me la he bien conocido.

ESPINELO.

Muy malo estaba Espinelo,
En una cama yacia,

Los bancos eran de oro,
Las tablas de plata fina;
Los colchones en que duerme
Son de una holanda muy fina,
Las sábanas que le cubren
En el agua no se vían.
La colcha que en ella ponen
Sembrada es de perlería;
A su cabecera tiene
Mataleona, su querida;
Con las plumas de un pavon
La su cara le resfria.
Estando en este solaz
Tal demanda le hacía.
— Espinelo, mi Espinelo,
¡Cómo naciste en buen dia!
El dia que tú naciste
La luna estaba crecida,
Que ni punto le sobraba,
Ni punto le fallecia.
Contádesme, Espinelo,
Contádesme vuestra vida,
— Yo te lo diré, señora,
Con amor y cortesía:
Mi padre era de Francia,
Mi madre de Lombardía;
Mi padre con su poder
A Francia toda regía.
Mi madre como señora
Una ley hecha tenía:
La mujer que dos pariese
De un parto y en solo un dia,
Que la den por alevosa
Y la quemen por justicia,
O la echen en la mar

Porque adulterado habia.
Quiso Dios, y su ventura,
Qu'ella dos hijos paria
De un parto, y en una hora,
Que por deshonra tenía.
Fuérase á tomar consejo
Con tan loca fantasía
A una cautiva mora
Que sabe nigromancía.
— ¿Qué me aconsejas, la mora,
Por salvar la honra mia? —
Respondiérale: — Señora,
Yo de parecer sería,
Que tomases á tu hijo,
El que te se antojaria,
Y lo eches en la mar
En un arca de valía,
Bien embetunada toda,
Que más segura sería,
Y pongas tambien en ella
Mucho oro y joyería,
Porque quien al niño hallase
De criarle se holgaria. —
Cayera la suerte en mí,
Y en la gran mar me ponia,
La cual, estando muy buena,
Arrebatado me habia,
Y púsome en tierra firme
Con la furor que traia,
A la sombra de una mata
Que por nombre Espina habia,
Que por eso me pusieron
D'Espinelo nombradía.
Marineros navegando
Halláronme en aquel dia;

Lleváronme á presentar
Al gran Soldan de Suría.
El Soldan no tiene hijo,
Por su hijo me tenía;
El Soldan agora es muerto,
Yo por el Soldan regía.

DON GALVAN Y LA INFANTA.

Bien se pensaba la Reina
Que buena hija tenía,
Que del conde don Galvan
Tres veces parido habia,
Que no lo sabía ninguno
De los que en la córte habia,
Si no fuese una doncella
Qu'en su cámara dormia.
Por un enojo que hubiera
A la Reina lo decia;
La Reina se la llamaba
Y en cámara la metia,
Y estando en este cuidado
De palabras la castiga:
—Hija, si vírgen estais,
Reina seréis de Castilla;
Hija, si vírgen no estais,
De mal fuego seais ardida.
—Madre, tan vírgen estoy
Como el dia que fuí nascida.
Por Dios os ruego, mi madre,
Que no me dedes marido;
Doliente estoy de mi cuerpo,
Que no soy para servillo.—
Subiérase la Infanta

A lo alto de una torre;
Si bien labraba la seda,
Mejor se labraba el oro;
Vido venir á Galvan
Telas de su corazon.
Ellas en aquesto estando
El parto que la tomó.
—¡Ay, por Dios! ¡ay, mi señor!
Allegueisos á esa torre,
Recogedme ese mochacho
En cabo de vuestro manto.
Dédesmelo á criar
A la madre que os parió.

CORDURA DE ALIARDA PARA JUSTIFICARSE DE LA CALUMNIA DE UN CABALLERO QUE SE JACTÓ DE HABERLA GOZADO.

—Esta noche, caballeros,
Dormí con una doncella,
Que en los dias de mi vida
Yo no vi cosa más bella.—
Todos dicen á una voz.
—¡Cierto, cierto, Aliarda es esa!—
Oídolo habia su hermano,
Un hermano carnal della,
Dijéronle allí:—Florencios,
Bien es casarte con ella.
—No quiero hacer, caballeros,
Para mí cosa tan fea,
En tomar yo por mujer
La que tuve por manceba.—
Aun no acabó Florencios

De decir aquella nueva,
Cuando todos prontamente
Dicen luégo : — ¡Muera, muera!
¡Muera aquel que ha deshonrado
A Aliarda la más bella! —
En sabiendo esto Aliarda
Gran enojo recibiera;
Envióles á decir
En breve desta manera :
— Pésame, mis caballeros,
De hacer cosa tan mal hecha,
Que lo que el loco decia
No era cosa creedera.
Hasta saberlo de cierto
No le habian de dar pena.

EL TRAIDOR MARQUILLOS Y BLANCA-FLOR.

¡Cuán traidor eres, Marquillos!
¡Cuán traidor de corazon!
Por dormir con tu señora
Degollaste á tu señor.
Desque lo tuviste muerto
Quitástele el chapiron;
Fuéraste al castillo fuerte
Donde está la Blanca-Flor.
— Abridme, linda señora,
Que aquí viene mi señor;
Si no lo quereis creer,
Veis aquí su chapiron. —
Blanca-Flor desque lo viera,
Las puertas luégo le abrió;
Echóle brazos al cuello,
Allí luégo la besó;

Abrazándola y besando
En un secreto la entró.
— Marquillos, por Dios te ruego
Que me concedas un dón;
Que no durmieses conmigo
Hasta que rayase el sol. —
Marquillos, como es hidalgo,
El dón luégo le otorgó,
Y como venía cansado
En llegando se durmió.
Levantóse muy ligera
La hermosa Blanca-Flor;
Tomára un cuchillo en mano
Y á Marquillos degolló.

EL MALDICIENTE.

Ese conde Cabreruelo,
Con el Rey come á la mesa,
¡Oh, cuán mal que se abaldona
A toda mujer ajena!
Apuesta que no hay ninguna
¡Ved cuán mal pensada apuesta!
Si le escucha dos razones,
Que de amores no la venza.
Como el amor atrevidas,
Como la fortuna ciegas,
Como el honor peligrosas,
Como la mentira inciertas,
Así jura que son todas;
¡Falsa jura! ¡injusta tema!
La Reina que tal escucha
Dió sañuda tal respuesta :
— Todas malas no es posible,

Ni es posible todas buenas;
Hierbas hay que dan la vida,
Y quitan la vida hierbas.
Traidores hombres del mundo
Han hecho traidoras hembras,
Dellos aprendiéron culpas,
Si culpas cometen ellas.
Ellos hablan, ellas oyen,
Y de mentiras discretas
Dichas hoy, dichas mañana,
¿Quién habrá que se defienda?
Favorecidos se alaban,
Disfaman si los desprecian;
La que los escucha es fácil,
La que no les habla es necia.
Cuantas nacen, cuantas viven,
Por agüero de su estrella,
Al que ménos las merece
Se inclinan con mayor fuerza.
Muchas quejas, muchos dones,
¡Qué mucho que á muchas prendan!
Ejemplo es la piedra dura,
Que agua contínua la mella.
Enmendaos, amigo Conde,
Y de hoy más las damas sean
Vuestro honor, no vuestro ultraje,
Vuestra paz, no vuestra guerra;
Levantad la parte humilde,
Que es hazaña de alta empresa;
Todos de mujer nacimos,
Volvamos todos por ellas.

LANZAROTE DEL LAGO.—I.

Tres hijuelos habia el Rey,
Tres hijuelos, que no más;
Por enojo que hubo de ellos
Todos malditos los há.
El uno se tornó ciervo,
El otro se tornó can,
El otro que se hizo moro,
Pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
Entre las damas holgando,
Grandes voces dió la una:
— Caballero, estad parado;
Si fuese la mi ventura,
Cumplido fuese mi hado
Que yo casase con vos,
Y vos conmigo de grado,
Y me diésedes en arras
Aquel ciervo del pié blanco.
— Dároslo hé yo, mi señora,
De corazon y de grado,
Si supiese yo las tierras
Donde el ciervo era criado. —
Ya cabalga Lanzarote,
Ya cabalga y va su via,
Delante de sí llevaba
Los sabuesos por la trailla.
Llegado habia á una ermita,
Donde un ermitaño habia:
— Dios te salve, el hombre bueno.
— Buena sea tu venida;
Cazador me pareceis
En los sabuesos que traia.

— Dígasme tú, el ermitaño,
Tú que haces santa via,
Ese ciervo del pié blanco
¿Dónde hace su manida?
— Quedaos aquí, mi hijo,
Hasta que sea de dia,
Contaros hé lo que vide,
Y todo lo que sabía.
Por aquí pasó esta noche
Dos horas ántes del dia,
Siete leones con él
Y una leona parida.
Siete condes deja muertos,
Y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo,
Por doquier que fuer tu ida,
Que quien acá te envió
No te queria dar la vida.
¡Ay, dueña de Quintañones,
Del mal fuego seas ardida,
Que tanto buen caballero
Por tí ha perdido la vida! —

—

LANZOROTE DEL LAGO. — II.

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,
Que dueñas curaban dél,
Doncellas del su rocino.
Esa dueña Quintañona,
Esa le escanciaba el vino,
La linda reina Ginebra

Se lo acostaba consigo;
Y estando al mejor sabor,
Que sueño no habia dormido,
La Reina toda turbada
Un pleito ha conmovido.
— Lanzarote, Lanzarote,
Si ántes hubieras venido,
No hablára el orgulloso
Las palabras que habia dicho,
Que á pesar de vos, señor,
Se acostaria conmigo. —
Ya se arma Lanzarote
De gran pesar conmovido,
Despídese de su amiga,
Pregunta por el camino,
Topó con el orgulloso
Debajo de un verde pino:
Combátense, de las lanzas,
A las hachas han venido.
Ya desmaya el orgulloso,
Ya cae en tierra tendido,
Cortárale la cabeza,
Sin hacer ningun partido;
Volvióse para su amiga
Donde fué bien recibido.

—

TRISTAN DE LEONIS.

Ferido está don Tristan
De una muy mala lanzada,
Diérasela el Rey su tio,
Que celoso dél estaba.
El fierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tiembla el asta;

Valo á ver la reina Iseo
Por la su desdicha mala.
Júntanse boca con boca
Como palomillas mansas,
Llora el uno, llora el otro,
La cama bañan en agua;
Allí nace un arboledo
Que azucena se llamaba,
Cualquier mujer que la come
Luego se siente preñada;
Comióla la reina Iseo
Por la su desdicha mala.

VALDOVINOS Y EL MARQUÉS DE MANTUA. — I.

De Mantua salió el Marqués
Danes Urgel el leale;
Allá va á buscar la caza
A las orillas del mare.
Con él van sus cazadores
Con aves para volare;
Con él van los sus monteros
Con perros para cazare;
Con él van sus caballeros
Para haberlo de guardare.
Por la ribera del Po
La caza buscando vane.
El tiempo era caluroso,
Víspera era de Sant Juane.
Métense en una arboleda
Para refresco tomáre;
Al derredor de una fuente
A todos mandó asentáre,
Viandas aparejadas

Traen, y procuran yantáre.
Desque hubieron yantado
Comenzaron de habláre
Solamente de la caza
Cómo se ha de ordenáre.
Al pié estaban de una breña
Que junto á la fuente estae.
Oyeron un gran ruido
Entre las ramas sonáre:
Todos estuvieron quedos
Por ver qué cosa serae;
Por las más espesas matas
Vieron un ciervo asomáre;
De sed venía fatigado,
Al agua se iba á lanzáre;
Los monteros á gran priesa
Los perros van á soltáre;
Sueltan lebreles, sabuesos
Para le haber de tomáre.
El ciervo que los sintió
Al monte se vuelve á entráre:
Caballeros y monteros
Comienzan de cabalgáre;
Siguiéndole iban el rastro
Con gana de le alcanzáre:
Cada uno va corriendo
Sin uno á otro esperáre.
El que traia buen caballo
Corria más por le atajáre:
Apártanse unos de otros
Sin al Marqués aguardáre.
El ciervo era muy ligero,
Mucho se fué adelantáre;
Al ladrido de los perros
Los más siguiendo le vane.